

CARLOS MANUEL REYES SILVA*
FRANCISCO JAVIER GARZA GARCÍA**

La articulación del movimiento #YaMeCansé: Imaginarios, identidad y manifestación social¹

Articulation of the Movement #YaMeCansé: Imaginary, Identity and Social Manifestation

RESUMEN

La última década de la historia mexicana ha sido testigo del incremento en los niveles de violencia e inseguridad, lo cual ha producido un descontento popular que se potenció con la desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa. Esta reacción social se materializó en el movimiento #YaMeCansé, cuya identidad colectiva se analizará a partir de la articulación discursiva y su manifestación social, prestando atención especial al papel de las redes sociales virtuales y al lenguaje digital. Así, se expondrá cómo las principales figuras discursivas del movimiento –cansado, desaparecido y estudiante– fueron fundamentales para que éste asumiera sus propósitos universalistas y pudiera antagonizar a la sociedad civil frente al Estado.

Palabras Clave: movimiento social, articulación discursiva, redes sociales, Ayotzinapa, #YaMeCansé.

ABSTRACT

This past decade of Mexican history has borne witness to an increase in levels of violence and insecurity, which has produced popular discontent that was boosted by the disappearance of 43 students studying to be teachers in Ayotzinapa. This social reaction materialized as the movement #YaMeCansé, whose collective identity is to be analyzed beginning from discursive articulation and its social manifestation, lending special attention to the role of virtual social networks and digital language. Therefore, we will treat how the main discursive figures of the movement—tired, disappeared and student—were fundamental in the latter assuming its universalist proposals and being able to antagonize civil society vis-à-vis the State.

Key words: social movement, discursive articulation, social networks, Ayotzinapa, #YaMeCansé.

59

*Doctorando en Ciencias Sociales por el Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey, México, lrcsilva@yahoo.com

**Doctorando en Ciencias Sociales por el Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey, México, javier2178@hotmail.com

¹ El presente artículo de reflexión surge a partir de las temáticas abordadas en las tesis de ambos autores en el marco de las investigaciones en conjunto que promueve el Doctorado en Ciencias Sociales del Tecnológico de Monterrey.

Recibido: 19 de agosto 2015 / Aceptado: 16 de diciembre 2015

INTRODUCCIÓN

Una de las reacciones populares más importantes que ha presenciado la historia mexicana reciente tuvo lugar en el año 2014, cuando un grupo de 43 jóvenes estudiantes de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos –también conocida como “la Normal de Ayotzinapa”– fueron desaparecidos presuntamente por policías que seguían las órdenes del presidente municipal de Iguala, José Luis Abarca Velázquez. El proceso de investigación llevado a cabo por el gobierno federal fue tan criticado que, sumado a la colusión de las autoridades locales en estos eventos, conllevó al cuestionamiento del Estado en su totalidad como garante de la seguridad de la población. El panorama descrito no era un caso aislado, por el contrario, evidenciaba una vez más los niveles de corrupción, violencia y descomposición social; no obstante, la conjunción entre lo cotidiano y lo particular fue tan significativa que logró impulsar uno de los movimientos más representativos de la participación de la sociedad mexicana.

60

Debido a la relevancia de los acontecimientos, el presente artículo tiene como propósito analizar la construcción identitaria del movimiento #YaMeCansé a partir de la articulación discursiva y su manifestación social, esto es, examinar cómo se genera la identidad del colectivo para, a partir de ahí, comprender el resto del proceso de formación del movimiento. Para ello, primeramente se llevará a cabo una sección contextual que permita aprehender el marco de referencia sobre el cual se construirán los posteriores significados. En seguida, se analizará el proceso de formación de identidad partiendo de un abordaje postestructuralista. Al respecto, la noción de *significante vacío* de Ernesto Laclau será fundamental para explicar la posición que juega “el cansado”, a la cual se sumará la figura de un segundo vacío, esta vez por medio del “desaparecido”; asimismo, cabe adelantar que debido a la naturaleza de su proceso de articulación, el papel del lenguaje digital será igualmente importante. Una tercera sección, de orden más reflexivo, se compone de algunas premisas teóricas de los movimientos sociales que permitan profundizar en los aspectos complementarios de la manifestación social, sobresaliendo en lo particular la teoría de la acción colectiva de Melucci y la teoría de redes.

Al finalizar quedará expuesto cómo las principales figuras discursivas del movimiento –cansado, desaparecido y estudiante– fueron fundamentales para que éste asumiera sus propósitos universalistas y pudiera antagonizar a la sociedad civil frente al Estado. No obstante, la debilidad que presentan algunas

de estas categorías pueden también desdibujar la identidad del movimiento y en consecuencia, reducir su influencia a medida que pasa el tiempo.

ANTECEDENTES

Los estudiantes y el Estado mexicano

Los hechos que se desprenden de las investigaciones realizadas por el gobierno federal en torno a la desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa se complicaron a medida que una serie de actores entraron en escena, desde autoridades locales y personajes regionales, hasta elementos policiacos, militares y otros pertenecientes al crimen organizado. La incapacidad del gobierno ante tales circunstancias vio su máxima expresión en el exprocurador general de la república, Jesús Murillo Karam, cuando en un intento apresurado por concluir una rueda de prensa no se imaginó que al expresar “Muchas gracias; ya me cansé” estaba dando el nombre que hacía falta para que la sociedad se uniera en torno a un mismo estado de ánimo.

El uso de la frase sirvió para rememorar una historia de acciones vinculadas al Partido Revolucionario Institucional (PRI) y a una larga cadena de crímenes de Estado, muchas de las cuales están relacionadas con las desapariciones políticas vinculadas a la lucha estudiantil y social. Así, la frase fue adoptada y redirigida como un grito social para, posteriormente, transformarse en un movimiento difundido ampliamente a través de las redes sociales virtuales. Por ello, en aras de mejorar la comprensión de las dimensiones del movimiento, es menester hacer un breve recuento de algunos de estos sucesos históricos que vinculan fuertemente al “Ya me cansé” con algunos de los hechos más violentos en la historia contemporánea de México, así como con los movimientos guerrilleros ocurridos en Guerrero entre las décadas de los sesenta y setenta, mismos que repercuten de manera directa en los imaginarios sociales.²

Los últimos años de la década de los sesenta y los primeros de los setenta, no son solamente un referente en México, sino que también destacan a nivel global por las grandes revueltas intelectuales que se desprendían de las con-

61

² José Luis Pintos (2005) define a los imaginarios sociales como esquemas socialmente contruidos que nos permiten percibir, explicar e intervenir en lo que cada sistema social diferenciado se tenga por realidad. Esto sugiere que las construcciones colectivas de los imaginarios pueden diferir dependiendo el contexto, dándole más importancia a una u otra cosa de acuerdo a eventos, situaciones o hechos inmediatos con los que determinados grupos o comunidades se ven identificados.

frontaciones ideológicas propias de la Guerra Fría y de los movimientos contra culturales que se suscitaron a partir de 1950. Así, no era de extrañar que una juventud politizada con un discurso contestatario incursionara en la vida social y política con el ánimo de plantear reformas a los sistemas establecidos. Además de este panorama, debe considerarse que la época ya reflejaba los efectos de un capitalismo que había hallado su camino en ciertas políticas neoliberales, mientras que en modo paralelo se gestaban los incipientes procesos democráticos; en consecuencia, las aulas fueron receptoras y productoras de una nueva forma de pensamiento social y crítico, en contra de los sistemas globales y a favor de la participación social, tal como ya lo señalaba José Revueltas:

El movimiento mismo de 1968 no fue sino la forma concreta, peculiar y propia con que se expresaron en México la Universidad crítica y la autogestión, como la actividad viviente, inexcusable, de las masas estudiantiles, en el cuestionamiento social y político del país (Revueltas, 1978, p.149).

Por su parte, el movimiento de 1971 no fue sino la extensión de aquél de 1968, propiciando en ambos casos una multiplicidad de reproches y señalamientos a los gobiernos en turno –tanto al de Gustavo Díaz Ordaz como al de Luis Echeverría–, quienes fueron popularmente responsabilizados por los asesinatos y desapariciones de cientos de estudiantes. Incluso Human Rights Watch (HRW) reconoce la responsabilidad del Estado en estos acontecimientos, tal como se documenta en el informe sobre México para el año 2003:

62

No se realizó una investigación seria de la “Masacre de Tlatelolco” ni de la “Masacre de Jueves de Corpus” ocurrida tres años después, en la que manifestantes estudiantiles fueron atacados por matones contratados, entrenados y armados por el gobierno. En la siguiente década, el gobierno mexicano cometió reiterados abusos contra los derechos humanos de opositores y disidentes políticos dentro de lo que se llamó la “guerra sucia” del país [...] Sus métodos incluyeron la tortura, la ejecución extrajudicial y la desaparición forzada, acompañados con frecuencia de un grado extremo de brutalidad y un total desprecio por la vida humana (HRW, 2003, p. 5).

No obstante, en ninguno de los casos los reclamos populares fueron materializados. A pesar de la voluntad de algunas iniciativas, entre las que destaca la fundada por Rosario Ibarra de Piedra en 1977 denominada Comité Pro-

Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos de México— también conocido como Comité Eureka—, fue imposible enjuiciar a los responsables de dichas masacres, sin importar el apoyo de múltiples organizaciones y actores políticos.

En lo que aquí respecta, los eventos acaecidos en Tlatelolco durante 1968 y la matanza del Jueves de Corpus en 1971, componen ineludiblemente parte del imaginario social que ayuda a comprender el #YaMeCansé por las relaciones que guardan entre sí, en tanto que los tres comparten una serie de referentes: la figura del estudiante y la del desaparecido, así como los asesinatos y una respuesta gubernamental altamente criticable. En consecuencia, históricamente los estudiantes universitarios se han convertido en un contrapeso social a determinadas políticas gubernamentales y forman parte de una minoría privilegiada que tiene acceso a una información inaccesible para muchas personas en México, de modo que en palabras de Carlos Monsiváis (1978, p. 57), “a la Universidad de México se le ha encargado determinar la conciencia nacional”, incomodando a los poderes fácticos que al anteponer el eslogan “La universidad, escuela de guerrilleros”,³ se encontraban con una consigna a favor de la memoria: “fue el Estado”. A partir de los hechos de 1968 y 1971, las autonomías universitarias y las posturas políticas de los estudiantes se han encontrado no solamente con una agresiva respuesta gubernamental, sino también con los bloqueos institucionales a los intentos por resolver la participación del Estado y de militares en tales eventos para fincar las responsabilidades correspondientes.

63

Esta confrontación ideológica, política y social entre el Estado y los estudiantes, así como los eventos recién mencionados, forman parte de la memoria histórica, la cual “tiene que ver con la permanencia del recuerdo, con la continuidad, pero también con la identidad, con la raíz profunda de los individuos y de los pueblos [...] el sentido de pertenencia a un grupo” (Martinelli y Ovalle, 2012, p. 53). Por consiguiente, los estudiantes son parte de una comunidad que va más allá del nivel escolar y de distinciones entre educación pública y privada; son, particularmente, jóvenes con acceso a una educación escolar, y esto es lo que les permite actuar como unidad.

³ Se sugiere la lectura de Monsiváis (1978) para profundizar respecto a la expansión territorial de la lucha estudiantil en México.

Contribuciones al imaginario social de Guerrero y contexto inmediato

El factor estudiantil a nivel nacional es solamente uno de los referentes para comprender el movimiento que aquí interesa. El otro está más relacionado a una cuestión local, donde el estado de Guerrero presenta sus propios momentos históricos de gran relevancia para el marco de análisis. Al respecto, dicho estado ha presenciado figuras de resistencia social y guerrilleras que se vinculan a la misma Escuela Normal de Ayotzinapa, como ocurre con los casos de los profesores Genaro Vázquez y Lucio Cabañas.

El movimiento guerrillero de Genaro Vázquez tuvo su origen a partir de la represión del Movimiento Cívico Guerrerense (MCG) que había postulado una candidatura a la gubernatura del estado en 1962. Tras la victoria declarada del PRI y las alegaciones de fraude por parte del MCG, se desencadenó una protesta en Iguala que más tarde sería “reprimida con un saldo de ocho muertos, 25 heridos y 200 prisioneros” (Meyer, 1996, julio 4). A partir de dicha manifestación nacería años después la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), la cual se transformaría para 1968 en el movimiento insurgente que dirigiría el profesor guerrerense hasta 1972. De forma similar, el movimiento del maestro Lucio Cabañas no encontró salidas electorales y “fue en mayo de 1967 cuando una matanza –nueve muertos– puso abrupto final a un mitin opositor que se celebraba en una escuela de Atoyac” (Meyer, 1996, julio 4). Por ende, tras lo ocurrido y de modo similar que Genaro Vázquez, Lucio Cabañas funda el movimiento guerrillero Partido de los Pobres y su respectiva brigada para enfrentarse en lucha armada con el gobierno federal hasta 1974. Así, tanto la participación de los estudiantes como la vinculación de ambos personajes con la Escuela Normal, “provocó que desde la perspectiva gubernamental se concluyera que las Normales Rurales constituían un foco de incubación de la guerrilla, y que sus estudiantes eran bases de apoyo de los grupos insurrectos” (Navarro Gallegos, 2015, p. 97).

Por su parte, la historia guerrerense más reciente sigue estando repleta de lucha y de una violenta respuesta por parte del Estado. Uno de los casos más representativos ocurrió en 1995 a partir de una movilización de campesinos que se dirigían a un mitin político para demandar una mejora en las condiciones sociales y la liberación de uno de sus compañeros; durante el trayecto, el vado de Aguas Blancas fue testigo del asesinato de 17 de ellos por parte de los policías. A un año de este hecho, en junio de 1996 aparece el Ejército Popular Revolucionario (EPR) que ha estado activo hasta la actualidad e incluso ha

sobrepasado los límites de la entidad territorial. Por si esto no fuera suficiente, hechos más actuales permiten entrever que la situación de violencia en Guerrero se ha mantenido a lo largo de los años: en 2011 ocurrió un ataque a la Normal de Ayotzinapa; en diciembre de 2012 fueron asesinados dos estudiantes y al año siguiente otros dos fueron atropellados.

Así, la amplia gama de movimientos estudiantiles –a nivel nacional– y de resistencia –a nivel regional– posiciona a Guerrero como un estado con una memoria histórica particular. Los guerrilleros e insurgentes no han sido ajenos al imaginario guerrerense, como tampoco los estudiantes en cuanto a figuras de movilización social y reflejo de solidaridad; por su parte, el gobierno ha reaccionado de manera violenta al verse amenazado por estos grupos. En cuanto a las escuelas normales rurales, la visión varía de acuerdo a las posturas: por un lado, son respetadas no sólo por las estrictas normas con que se maneja su estructura interna,⁴ sino que tienen una amplia acogida popular por el compromiso social sobre el que éstas han sido fundadas; por otro lado, Navarro Gallegos (2015) menciona que éstas fueron desde un inicio criticadas por los expropiados y por la iglesia, la cual les inculcaba la inculcación de ideas socialistas. Sin embargo, estos no han sido los únicos agentes que han despreciado el normalismo rural; además de todos los anteriores, las mismas autoridades educativas y sindicatos nacionales han intentado suprimirlos mediante regímenes laborales perjudiciales y obstaculizando el envío de recursos, aún a pesar de que estas escuelas son menos de 4% del total de las Normales y contribuyen únicamente con 5% de la matrícula total (Navarro Gallegos, 2015).

65

Asimismo, dentro de todo este campo de insurgencia, es ineludible hacer mención a uno de los principales factores que han potenciado la violencia en el estado: la producción y el comercio de drogas. Al respecto, la región es una de las principales productoras de amapola y opio; del mismo modo, es “punto de entrada a la Tierra Caliente, donde los cárteles elaboran drogas sintéticas y cultivan marihuana. Es también puerta de salida de una de las heroínas más puras que se elaboran en el mundo” (Hernández Navarro, 2015, p. 8). Esto ha permitido que un cártel local, “Guerreros Unidos”,⁵ haya incrementado su

⁴ La permanencia en una escuela normal rural es un proceso que requiere de un alto compromiso por parte del estudiante hacia la escuela y la comunidad, al respecto, no sólo debe de cumplir con la asistencia a clase y la aprobación de casi todas sus materias, sino que también debe participar en las labores de limpieza y aquéllas productivas (Navarro Gallegos, 2015).

⁵ El grupo delictivo es una escisión del grupo de los Beltrán Leyva, el cual cobró mayor autonomía tras la muerte del líder de estos últimos.

influencia no sólo a nivel social sino también político, coludiéndose con una serie de funcionarios públicos municipales y estatales. A este respecto, las desapariciones de campesinos, ambientalistas e incluso de otros funcionarios, producidas durante el gobierno de Ángel Aguirre Rivero (2011-2014), sumadas a una escasa respuesta por parte de las autoridades, permite suponer el poder de los grupos delictivos y el respaldo con que cuentan en la esfera pública.

A raíz de lo anterior se desprende en lo particular el caso del alcalde de Iguala, José Luis Abarca, y su esposa directora del DIF municipal, María de los Ángeles Pineda, quienes “eran intocables en Iguala, a pesar de los innumerables testimonios sobre su corrupción, sus amenazas violentas contra opositores y sus vínculos con el cártel conocido como Guerreros Unidos” (Villamil, 2015, p. 33). La red sobre la cual se manejaron estas autoridades estaba constituida por el apoyo de la corriente perredista Nueva Izquierda, los vínculos familiares y sociales con el narco, así como una estrecha relación con el coronel Juan Antonio Aranda Torres, comandante del Batallón del Iguala (Villamil, 2015). Nótese así no sólo la diversidad de actores sino también los distintos orígenes de los mismos en la construcción de una compleja arena de donde se desprenderían los principales responsables. Asimismo, se debe mencionar que todos ellos mantenían una tensa relación con los normalistas, reflejada en la poca colaboración por parte de las autoridades en el esclarecimiento de los eventos ocurridos durante los tres años previos.

66 Sin embargo, el conflicto en lo particular inicia el 26 de septiembre de 2014, cuando los estudiantes normalistas de Ayotzinapa, con el propósito de ir a la marcha del 2 de octubre en la Ciudad de México, se encontraban “boteando” y procurando la toma de autobuses para poder partir. A su llegada a Iguala, tomaron un camión para dirigirse a uno de los festejos del DIF organizados por María de los Ángeles, donde se anunciaría su próxima candidatura ante el término de la alcaldía de su esposo. Los policías, una vez enterados del suceso, enfrentaron a los normalistas con un saldo de 7 personas fallecidas; la versión oficial de lo ocurrido con los 43 desaparecidos sigue sin ser popularmente convincente.

Más allá del hecho, por sí mismo trágico, la sociedad comenzó a reaccionar por la dudosa calidad de las investigaciones. La primera versión oficial de los hechos señaló que “sus cuerpos fueron calcinados en una hoguera que duró más de 14 horas y fue alimentada con diésel y leña, sin que nadie se diera cuenta de la pira humana que ocurría a unos cuantos kilómetros de Iguala”

(Villamil, 2015, p. 34). Esta versión potenció la falta de credibilidad tanto de la investigación como de las instituciones encargadas de realizarla. Mientras ello ocurría, la noticia de los 43 desaparecidos ya era conocida nacionalmente y la sociedad permanecía en la espera de una respuesta objetiva, encontrando en su lugar la falta de sensibilidad social y cerrazón del exprocurador cuando expresó ‘ya me cansé’, encendiendo así el hartazgo de una sociedad violentada. En este sentido, no sólo los 60 000 muertos producto del gobierno de Calderón (HRW, 2013, p.1) ni su continuación durante el periodo peñanietista conformaron el trasfondo del movimiento, sino que fue todo un cúmulo de problemas que han cimbrado la vida de la sociedad mexicana a nivel nacional, entre los que se encuentran:

La crisis nacional de inseguridad pública, la crisis humanitaria por las decenas de miles de desaparecidos y heridos en el país y la crisis de credibilidad que cuarteó la aparentemente sólida coraza del grupo en el poder, que se sumaron para conducir al gobierno de Peña Nieto a enfrentar una crisis política de gran alcance y profundidad (De Dios-Corona, 2014, p. 88).

Por ello, “Todos somos Ayotzinapa” y “Ya me cansé” se convirtieron en una nueva consigna que hicieron propia no solamente los jóvenes estudiantes, sino todos aquellos que manifiestan a través de dicha expresión su hartazgo social a un Estado que no ha sabido solventar las carencias y problemas del país. Cabe resaltar que mientras la primera expresión se restringe un poco más al caso, la segunda da cabida a múltiples comunidades y grupos que vieron en la frase la posibilidad de criticar las acciones gubernamentales y, más aún, de generar una mayor identificación social.⁶ Por su parte, la trascendencia del movimiento se ha debido, en gran medida, a las nuevas tecnologías de la información y a las redes sociales virtuales que se constituyeron como el medio por excelencia de la manifestación ciudadana y cuyas repercusiones aún son visibles; sin embargo, ello no hubiera sido posible sin un debido proceso de articulación, tal como se analizará a continuación.

67

⁶ A los movimientos anteriores podría agregarse el “#NosFaltan43”, que ocuparía el extremo más particularista del espectro. En este sentido, el “#TodosSomosAyotzinapa” puede generar identificación con todos aquellos que han vivido directamente la violencia del Estado mientras que el “#YaMeCansé”, en tanto *movimiento sombrilla*, permite canalizar la crítica de la sociedad mexicana ante las deficientes condiciones por las que ha atravesado el país.

ARTICULACIÓN EN TORNO A DOS VACÍOS: EL CANSADO Y EL DESAPARECIDO

La obra de Ernesto Laclau se distingue de la corriente marxista tradicional, principalmente, en cuanto a su postura respecto a la identidad. De acuerdo a la posición profundamente antiesencialista del escritor argentino, la construcción de identidades no puede ubicarse fuera de un proceso de articulación discursiva, esto es que en sus términos las posturas de identificación no existen antes del discurso sino a través de éste; así, dichas identificaciones se desarrollan sobre una base procesual, relacional y discursiva que transcurre en un campo político. Para ello es importante reconocer principalmente dos elementos que sirven como base explicativa para el fenómeno que se ha decidido estudiar: las demandas y los significantes vacíos.

68

En su obra sobre el populismo, Laclau (2011) establece que la unidad de análisis gira en torno a las demandas colectivas, diversificadas debido a la misma naturaleza heterogénea de las sociedades actuales. A pesar de las particularidades que permiten diferenciarlas, dichas demandas encontrarán una similitud entre éstas que permita construir una cadena equivalencial, siendo éste el primer paso para la constitución de una comunidad. A su vez, esto no sería posible sin el proyecto de universalidad, es decir, la intencionalidad de sobrepasar los rasgos particulares en aras de representar, en la medida de lo posible, a la sociedad. Para ello, resulta necesario que una particularidad intente representar lo universal, lo cual sólo es posible mediante los significantes vacíos, es decir, “un significante de la pura cancelación de toda la diferencia” (Laclau, 1996, p. 73). El significante vacío resulta necesario porque la comunidad, en tanto “plenitud ausente [...] no puede tener ninguna forma propia de representación” (Laclau, 1996, p. 80), por lo que debe buscar entre la lógica equivalencial una identidad concreta que pueda asumir su papel representativo de toda la cadena. A su vez, esta cadena equivalencial, representada por el significante vacío, se diferenciará de un “otro constitutivo” que provee no sólo una relación de antagonismo sino que permite la existencia de dicha cadena o, lo que es lo mismo, “aquello que niega la plena constitución de la identidad del sistema a la vez que lo hace posible” (Romanutti, 2012, p. 267).

En el caso que aquí ocupa cabe mencionar que el movimiento no surge con el hecho *per se*; ni las desapariciones en sí mismas ni las poco favorables condiciones sociales fueron sus creadoras. De hecho, los primeros días únicamente existía una tragedia localizada en un escenario bien delimitado; las

demandas se desprendían únicamente de los familiares y amigos de los desaparecidos. Curiosamente, lo característico de este caso sería la forma en que comenzó a gestarse la cadena equivalencial: el significante que hacía falta para embonar los eslabones de las demandas colectivas, todavía particularizadas, fue paradójicamente provisto por el ‘otro constitutivo y excluido’, es decir, el mismo Estado contribuía de forma directa –y discursiva– a su formación por medio de una condición humana: el cansancio.

El día 7 de noviembre, Jesús Murillo, en su cargo de Procurador General de la República ofreció una conferencia de prensa donde relató los avances de la investigación del caso. Tras responder algunas preguntas decidió informar a los periodistas: “Muchas gracias; ya me cansé”, siendo esta última frase el inicio de la movilización social por medios digitales bajo el tuit #YaMeCansé y que, posteriormente, serviría para dar identidad al movimiento. La indignación que despertó entre la sociedad mexicana ante tal respuesta provocó que, desde ese mismo día y por otros 25 más, se convirtiera en *trending topic* a nivel nacional (Pérez, 2014); a lo anterior se agregaba que lejos de rectificarse, tres días después del hecho, el exprocurador reiteraba haber estado cansado, e incluso, cuando fue cuestionado sobre si volvería a decir la frase, expresó: “Naturalmente, no tengo por qué decir mentiras. Soy tan humano como cualquiera y también me canso”.⁷ Así, las declaraciones anteriores servían no solamente para darle un mayor impulso a la incipiente efervescencia de tuits, memes y posicionamientos en las redes sociales, sino que fueron determinantes para subrayar la dislocación.

69

De acuerdo con Romanutti (2012, p. 269), la dislocación debe entenderse como el “quiebre de un orden establecido que hasta entonces daba sentido a un grupo de personas”, de modo que, “el sujeto está inmerso en una formación discursiva de la cual ‘emerge’, se hace visible, cuando éste deja de otorgarle sentido, o sea cuando se ha dislocado” (Romanutti, 2012, p. 272). Al respecto, el exprocurador había nombrado aquello que faltaba para darle identidad al colectivo, haciendo visible una realidad que no era solamente suya, sino que reflejaba con mayor fidelidad la de millones de mexicanos que le reprochaban sentirse como ellos, ciudadanos comunes que sentían tener más y mejores razones para sentirse cansados. En síntesis, el ‘otro’ le daba un sentido a la vacuidad de la cadena y la proveía de su mismo significante.

⁷ Reproducido por CNN México (2014, noviembre 10).

Bajo esta lógica, es cierto que la respuesta ciudadana de millones de cansados tampoco terminó por ofrecer un colectivo homogéneo – ¿quién es el cansado?, ¿de qué está cansado?–, pero cumplía con las condiciones esenciales para ser el significante vacío que representara a las particularidades bajo una cadena equivalencial que, por momentos, intentó dirigirse a la universalidad. Al respecto, Laclau menciona que “la recurrente apelación a la imprecisión y vaguedad de los símbolos populistas, son, exactamente, la fuente de su eficacia política” (Laclau, 2013, p. 221); en este sentido, la figura de los cansados podía ser imprecisa y vaga, pero no por ello dejaba de ser funcional para representar a la gran cantidad de demandas sociales.

Asimismo, debe destacarse la eficacia del “cansado” en cuanto significante porque en sentido estricto no tiene una vinculación política, sino que se vive más allá de los horizontes de ésta, en la experiencia cotidiana de los distintos sujetos;⁸ al mismo tiempo el “cansancio” se desvincula de todos los significados previos con el propósito de identificar a la comunidad, anteriormente incapaz de representarse a sí misma. Además, dicho término presentaba otras especificidades que coadyuvaron a su uso; por ejemplo, en relación con el significante “indignado” –recientemente popularizado por el caso español– existe una diferencia fundamental. De acuerdo con París Albert (2013, p. 338), además de la falta de reconocimiento, la indignación se relaciona con “sentirse enojado sobre *algo* que ha pasado, *algo* que alguien ha hecho, y que consideramos injusto”⁹ (las cursivas son nuestras), por su parte, el cansancio denota una serie de *algo*'s, antepone un sentimiento de repetición y retrotrae una sensación de no-clausura, falta de ánimo, hartazgo de “lo mismo” e incluso frustración.¹⁰

70

Continuando con los otros elementos mencionados en el proceso, es necesario pasar al análisis de la figura externa. En tanto cadena equivalencial, los “que ya se habían cansado” o simplemente “cansados” eliminaron sus parti-

⁸ Žižek (2012, p. 15-17) ya ha señalado que este tipo de significados “espontáneos” o “apolíticos” son los que mejor representan la lucha hegemónica porque traducen de manera más clara la experiencia cotidiana y permiten hacerla más “legible” para el resto de la comunidad.

⁹ En este mismo sentido se expresa López Merino (2014, p. 249), quien en su estudio sobre la indignación política advierte una relación con el aspecto normativo, de modo que la indignación “hace luz sobre aquello que en nuestra experiencia moral no está funcionando”.

¹⁰ El señalamiento anterior no minimiza que el “cansancio” haya tomado su rol como significante por las características del caso –específicamente a raíz de la frase del exprocurador Murillo– ni tampoco excluye que la ausencia del significante “indignación” haya sido rechazada dentro del movimiento por su previa ocupación en el caso español. Así, complementa los señalamientos anteriores por medio de una significación lingüística estructural y un anclaje postestructuralista en relación a la particularidad.

cularidades por medio de la distinción del “Otro constitutivo”, con el que mantienen una posición antagónica: el Estado. La ocupación de éste en dicha posición no es algo casual, mucho menos con los antecedentes que se han señalado, más aún, porque en el acto motor –la desaparición forzada de los normalistas– se ha mencionado la participación de elementos policíacos, militares y del presidente municipal de Iguala. A lo anterior se suman las críticas hacia el gobierno mexicano en cuanto a la calidad de las investigaciones y la respectiva impartición de justicia, sin dejar de mencionar las sospechas de corrupción y el descubrimiento de múltiples fosas clandestinas con restos humanos halladas durante el primer mes posterior al suceso.

A pesar de los señalamientos sociales en contra del PRI y del presidente de la república, fue el Estado en su totalidad quien ha sido popularmente posicionado como el “Otro”. A este respecto recuérdese que las autoridades locales involucradas pertenecían, en su gran mayoría, al Partido de la Revolución Democrática (PRD), de modo que, como acertadamente apunta Hernández Navarro (2015, p. 10): “la narcopolítica no es asunto exclusivo del viejo PRI”. A ello se suma una crisis generalizada en torno a la representación política, con elementos de todos los partidos que se han visto vinculados con grupos delictivos, casos de corrupción y resultados deficientes, lo que permitió impulsar las candidaturas independientes de junio de 2015. Así, lo más importante es rescatar la denuncia que se hace al sistema político en su conjunto y la formalización de su posición antagónica –“lo que está excluido de la comunidad”–, contra el cual no sólo las demandas sino los mismos movimientos #TodosSomosAyotzinapa y #YaMeCansé suprimían sus aspectos diferenciales; como evidencia de lo anterior recuérdese la proliferación del hashtag #FueElEstado en las principales redes sociales.

71

Sin embargo, los narcotraficantes nunca fueron ubicados del otro lado de la cadena equivalencial, como ocurría con el Estado; de hecho, en los casos más extremos únicamente aparece la figura mancomunada del #NarcoEstado. Lo anterior es sumamente relevante porque el mismo narco había aceptado parcialmente su responsabilidad en estos hechos, ya que tras los sucesos apareció una manta firmada por el jefe de “Guerreros Unidos”, apodado “el Choky”, donde no sólo enuncia la lista de funcionarios públicos asociados al cártel, sino que termina diciendo: “no toda la culpa la tengo yo” (Hernández Navarro, 2015, p. 9). En relación a ello, existen tres principales explicaciones: en primer lugar, que el Estado, en cuanto a sus funciones atribuidas en la mayoría de los pensamientos políticos, debe ser el principal responsable por

guardar un mínimo de condiciones de orden y seguridad –no así los narcotraficantes–. Otra explicación puede ser que el narco compone el tabú, es decir, aquello que se sabe pero no se dice, al contrario, se oculta tras la indiferencia. Por último, también es posible que la influencia de los narcotraficantes, su poder o su misma ubicación entre la sociedad civil les ha permitido habitar un espacio de heterogeneidad frente a la sociedad, donde ambos son inconmensurables en cuanto actores antagónicos; no así el Estado en relación a ambos.

En este caso, se ha decidido elegir un segundo vacío para analizar otra figura indispensable en todo este proceso: la del desaparecido.¹¹ Sin embargo, no debe confundirse este vacío secundario con el significante de la teoría laclausiana sobre el cual se fundamenta la representación de la voluntad colectiva, si bien su presencia también ha sido substancial para todo el proceso. En este sentido, el desaparecido no tenía la misma capacidad que el posterior “cansado” para pasar de la concreción o de lo particular a la pretensión universalista; del mismo modo, el “desaparecido” no era vivido por las distintas demandas ni era fácilmente “legible” dentro de la cadena, es decir, su capacidad representacional era mucho menor; aun así, los 43 desaparecidos fueron una pieza central para el despunte de los “cansados” por la indignación que produjo en la sociedad. En síntesis, la figura del desaparecido está representada en una posición antidescriptivista, es decir, no son todos los desaparecidos en cuanto tales, pero es dicha condición la base sobre la que se sustentará el movimiento de los cansados.

72 Así, únicamente se les ha adjudicado la característica de vacío porque en su calidad de desaparecidos, ¿tenían identidad?, ¿la habían perdido?, ¿cómo se podía identificar alguien con ellos? Y por encima de las anteriores: ¿podían los ausentes proveer de rasgos identitarios a un colectivo social? En primer lugar, es cierto que la identidad no se pierde por la desaparición, pero también es innegable que se trastoca, su misma materialización o ausencia es un factor clave en la identidad del sujeto. En este caso, el desaparecido provee un espacio mucho más vacío que el significante laclausiano, el cual puede llenarse de muchos sentidos porque no existe, de momento, un sujeto que esté presente para anclarlos; en consecuencia, son otras personas las que le darán sentido a su condición.

¹¹ Se sugiere la lectura de Gatti (2006) sobre los problemas de representación en torno a los “desaparecidos”.

En el caso específico de estos desaparecidos, su vacío o su deslizamiento¹² se detendría fijando o anclando su significado a un punto nodal: el estudiante. Desde esta perspectiva, se va a mitigar el atributo normalista rural –tantas veces criticado por el Estado, los sectores conservadores, la Iglesia o los mismos ciudadanos que habitan en el medio urbano–, que está más relacionado con el “radical”, el “rebelde”, el que “toma autobuses”, el que “no quiere estudiar”. Por su parte, enfatizar o limitar su identidad a un rasgo meramente estudiantil despierta una mayor identificación por parte de la sociedad mediante su dimensión afectiva y, la cercanía, –los padres que reconocen a sus hijos en los estudiantes, los jóvenes que se conciben en el mismo rol o en uno más cercano– con una connotación positiva: aquél que desea superarse, los profesionistas de mañana, el futuro del país, entre otros.

Mientras que en el imaginario social de Guerrero el anclaje podía resultar innecesario, en el imaginario nacional resultaba más claro cómo el estudiante tenía una estima social más alta que el normalista. Al posicionar al estudiante como punto nodal –un nudo– que conecta un significante con otros (Stavrakakis, 2007), el desaparecido ya no va a ser alguien ajeno sino que, haciendo uso de los rasgos adjudicados al “estudiante”, aquél adquiere su cercanía: el desaparecido deviene un “otro como yo”, al menos en potencia. Asimismo, su fuerza se ve multiplicada, sumado a la dimensión afectiva del estudiante, el desaparecido aporta influencia por medio de la esperanza, de la capacidad de revertir su situación. A diferencia del finado, el desaparecido no aporta evidencia de su estatus, ni como vivo ni como muerto, en ese sentido, trata de jugar en contra del tiempo para presionar y revertir la situación: “Vivos se los llevaron, vivos los queremos”. Siguiendo esta misma lógica, cabe mencionar que el desaparecido provee de mayor identificación no sólo a raíz de una experiencia vivida por el que se identifica con respecto a algún caso personal, sino que, en comparación con los finados, estos se olvidan más rápido “por miedo a identificarnos a ellos, tan distintos y tan iguales.” (Moncada, 2015, p. 192).

73

¹² El postestructuralismo rechaza la idea de que a cada significante le corresponde únicamente un significado. Por ello, la obra de autores como Žižek, Laclau y Mouffe, bajo la influencia del segundo Wittgenstein y Lacan, han prestado atención al modo en que ciertos significados entrelazan o acolchan la flotación de los primeros a determinados discursos o narrativas. Así, en vez de que desaparecido asuma su significado en tanto “sujeto ausente del que se desconoce su paradero o estatus”, éste depende del contexto y de la narrativa, en este caso, principalmente la del movimiento.

Por su parte, la condición de desaparecido servía para resaltar la no-completitud de la comunidad; es decir, la extirpación de un colectivo que llama la atención sobre el resto para poder recuperar su “unidad”: #NosFaltan43, #NiUnoMenos. Sin embargo, también es cierto que su calidad de desaparecidos es contraproducente para la identidad y permanencia del movimiento: no sólo su muerte –en el peor de los casos– sino también su regreso con vida puede amenazar con la estabilidad de la cadena equivalencial, trayendo consigo el abandono del movimiento. Aun así, la posibilidad de no encontrarles con vida se ha incluido en la narrativa del movimiento mediante consignas tales como “quisieron enterrarnos, pero no sabían que éramos semillas” o “¿qué cosecha un país que siembra cadáveres?” (ambos citados por Méndez Franco, 2015, p. 72), mitigando así el riesgo de que el movimiento desaparezca.

DE LA ARTICULACIÓN DISCURSIVA A LA MANIFESTACIÓN SOCIAL

74 Lo primero que se debe señalar, antes de entrar a la manifestación social, es la respuesta gubernamental ocurrida dentro del mismo proceso de articulación. Al respecto, pueden mencionarse algunas de las principales estrategias llevadas a cabo por el gobierno federal: primeramente, Gómez (2015) apunta que el presidente trató de reducirlo a un mero suceso local, lo cual, en los términos aquí expresados, se traduce en acciones cuyo objetivo es impedir que lo particular lograra una cadena equivalencial con potencial universal. La misma autora enuncia otra de las estrategias cuando asevera que se intentó criminalizar a los estudiantes por medio de la propagación de un supuesto mensaje de los “Guerreros Unidos”, donde se anunciaban nexos de los normalistas con otro grupo contendiente; lo anterior fue el principal intento por acabar con la misma identidad del movimiento e incluso su particularidad, ya que como acertadamente advierte Méndez Franco (2015, p. 70), “el caso de Ayotzinapa representa la primera vez donde, de manera clara, es imposible relacionar a las víctimas con el narcotráfico; muy por el contrario: el caso entero muestra la coparticipación de las fuerzas represoras del Estado con el narcotráfico”. Por último, cuando estas acciones no fueron eficaces, el gobierno trató de vincularse en la cadena equivalencial cuando el presidente expresó durante un discurso que “Todos somos Ayotzinapa”; sin embargo, de acuerdo con Hernández Navarro (2015), esto no sólo fue rechazado, sino que seis días después perdió por completo esa pobre, pero existente posibilidad, cuando pidió: “ha-

gamos realmente un esfuerzo colectivo para que vayamos hacia delante y podamos realmente superar este momento de dolor”.¹³ En todas estas acciones el gobierno pretendía socavar o, al menos, impactar de algún modo en la configuración de la cadena, lo cual es un gran peligro para el movimiento ya que, si la dimensión de exclusión es eliminada o reducida, se desdibujan los límites del sistema (Laclau, 1996) y en consecuencia, el movimiento pierde su fuerza.

Mientras que el gobierno intentaba desarticular la cadena, el cansado seguía cobrando fuerza. La expansión del movimiento más allá de lo particular era posible por la sucesión de eventos trágicos, de desapariciones, de asesinatos y de impunidades que rodean la historia nacional; tal como ocurre con el comentario de Leonardo Moncada (2015, p. 192): “lo que se reprime, lo que se intenta suprimir, vuelve de nuevo bajo su forma traumática, insistente”. En este sentido, sobresale el mensaje del comandante zapatista Moisés, quien manifestó a los familiares de los normalistas lo siguiente:

No están solos hermanas y hermanos. Busquen su palabra también en los familiares de los niños y niñas asesinados en la guardería ABC en Sonora; en las organizaciones por los desaparecidos en Coahuila; en los familiares de las víctimas inocentes de la guerra, desde un inicio perdida, contra el narcotráfico; en los familiares de los miles de migrantes eliminados a todo lo largo del territorio mexicano (15 de noviembre de 2014; citado en Gómez, 2015, p. 54).

75

Este acompañamiento fue eficaz y no sólo por parte de los mencionados; la sociedad reaccionaba fuera y dentro de las redes sociales. En el primer caso sobresalen las movilizaciones que adoptaron el nombre de “Jornada Global por Ayotzinapa” donde el desaparecido siempre estuvo presente: si bien gran parte de su vacío identitario fue anclado a la figura del estudiante, el resto de su “perfil ausente” no representó un obstáculo para las movilizaciones en torno a la defensa de los 43 jóvenes; incluso, podría decirse que produjo una mayor dimensión de identificación a falta de una materialización y concreción, principalmente a medida que la idealización incide en la percepción que se tiene del ausente. Así, los desaparecidos fueron representados en acciones que pueden dividirse en dos grandes tipos: las autoreferenciales y las vinculantes. Las primeras son aquéllas que tratan de recuperar los aspectos

¹³ Reproducido en CNN México (2014, diciembre 4).

identitarios más concretos del individuo en cuanto a él mismo, es decir, la repartición de hojas con las fotos de los jóvenes, su edad y municipio de origen, así como las pláticas de los familiares donde narraban quién era la persona. En cuanto a las segundas, éstas tenían que ver con la representación indirecta –o vinculante– de los jóvenes desaparecidos, como ocurría con la metáfora numeraria; en este sentido, cada uno de los jóvenes –sin especificar quién– representa uno de los números del 1 al 43, lo que facilitaba no sólo tenerlos presentes como sujetos individuales, sino que fueron fácilmente interiorizados y reproducidos. Al respecto, era común ver durante las movilizaciones los números “1, 2, 3... 43”, así como el grito de consignas que contabilizaban los números hasta alcanzar el último y que posteriormente se popularizó como el #PaseDeLista1al43. Otras acciones vinculantes tenían que ver con objetos dentro de una narrativa artística, desde las 43 velas hasta las 43 sillas vacías que simbolizaban los estudiantes que no estarían presentes en un salón de clases, tal como lo expresaba otra consigna “no puedo dar clase porque faltan 43 estudiantes”.

76 Dentro de las estrategias que ocurrían dentro de la red sobresale el mismo hashtag #YaMeCansé, el cual en dos meses obtuvo 7 millones de retuiteos, 2 millones más que el #YoSoy132 a lo largo de siete meses (Pérez Botero, 2014, diciembre 29). Todo esto atrajo la opinión pública internacional y, por ende, se convirtió en un movimiento social con un gran apoyo global que, a diferencia de lo que ocurría en el contexto mexicano, fincó su significante en el desaparecido, elemento que, dicho sea de paso, permite una identificación más próxima por parte de los simpatizantes externos debido a su trayectoria de lucha internacional.

DEL HASHTAG AL MOVIMIENTO SOCIAL

Para comprender la forma en que un hashtag adquiere relevancia en las redes sociales virtuales y le permite convertirse en un movimiento social masivo con apoyo global, se debe especificar la manera en que se estructuran los movimientos sociales, mismos que de acuerdo con Melucci (1999), tienen la cualidad de adaptarse dependiendo del tipo de movimiento. No obstante, hay elementos clave como: la propia modificación de la estructura de acuerdo a los intereses de la causa; la participación directa; el significado simbólico; una concepción del tiempo que se adapta a ritmos individuales; un sentido de la participación como compromiso provisional –no como un deber– y una cir-

culación de los actores por diversos motivos. Asimismo, los propios movimientos son espacios abiertos que permiten la negociación continua que dependerá de la organización del mismo, permitiendo que la acción colectiva sea “el resultado de un proceso contractual y reflexivo” (Melucci, 1999, p.124). De acuerdo al propio autor, “las personas no forman parte de un grupo o se adscriben a una causa porque compartan una condición objetiva, o porque hayan tomado una decisión definitiva o irreversible, sino porque continúan eligiendo entre distintas opciones y asumen la responsabilidad que ello implica” (Melucci, 1999, p.124).

Así, la estructura contempla una actividad autoreflexiva que identifica y acepta las relaciones de poder que se dan dentro del movimiento y los involucrados asumen las responsabilidades de acuerdo a sus propias decisiones. Ahora bien, el contexto virtual permite el acceso instantáneo a múltiples personas en cualquier lugar del planeta, esto posibilita no solamente sumarse a diversas causas, sino el repotenciamiento de las mismas a partir de nuevos nodos virtuales que permiten una identificación focalizada sobre imaginarios específicos. Es por ello que la aparición de múltiples páginas mexicanas en Facebook del movimiento #YaMeCansé comparten el significante del cansado pero, a la vez, se diversifican los significantes secundarios de acuerdo al contexto inmediato en donde surja la versión del movimiento, por lo que el término “cansado” no tiene precisamente los mismos referentes en todo el país, sino que son resignificados a partir de causales inmediatas.

Esto es lo que permitió la masificación del movimiento puesto que la acción colectiva se entendió a partir de las nociones del “cansado”, generando un sentimiento de identidad colectiva que se ajustara a las particularidades de cada ambiente por medio del ciberespacio. Lo anterior redujo los medios –las posibilidades y límites de las acciones– al mismo tiempo que diversificó los fines de acuerdo a los diferentes sentidos para cada colectivo involucrado –hartazgo social, desaparecidos, impunidad, corrupción, dictadura, entre otros.

Esta identidad colectiva, por ende, ha estado renegociándose constantemente a partir de las identificaciones, pero es el sentido del “cansado” lo que, en México, da unidad al movimiento y, por tanto, lo que permite percibirle como un colectivo. Como se ha mencionado, esta situación no se repite en el contexto internacional, donde el movimiento parte de la figura del desaparecido, de tal forma que, por ejemplo, poco tiempo después de haber surgido el #YaMeCansé, aparece en Estados Unidos el #Ustired2, así como del sitio que lleva el mismo nombre, con presencia en más de 43 ciudades norteamericanas

—simbólicamente, una ciudad por cada estudiante desaparecido—. Pero además, el movimiento #Ustired2 ha construido significantes secundarios a partir de los problemas de inmigración de la comunidad hispanohablante en Estados Unidos, sobre todo a raíz del involucramiento de organizaciones religiosas, académicas y activistas, así como su expansión de comunidades mexicanas o latinas; ello demuestra la resignificación y constante negociación de la identidad del movimiento, sin que ello reduzca el objetivo original del mismo.

Esto trae a colación la relevancia que tienen hoy día las redes sociales virtuales como principales divulgadoras globales de información, además de ser de los medios sociales más destacados a los que cada día tienen acceso un mayor número de personas. Es por ello que, bajo el supuesto de la teoría de redes, donde se destacan las relaciones situacionales entre los actores más allá de los atributos individuales (Lozares, 1996), los lazos y/o vínculos creados son fundamentales para establecer identificaciones entre estos. Lo anterior permite la contextualización de significantes sin perder del todo la percepción de unidad de un movimiento, en este sentido, Meneses comenta que:

El hashtag #YaMeCansé involuntariamente es un anclaje de significados muy poderoso que ha reunido a muchas voces que están inconformes o indignadas, no sólo por el caso Ayotzinapa, sino también significa un hartazgo e indignación por la casa blanca y por la ineficacia e ineficiencia no sólo del gobierno federal sino por todos los partidos [...] es una muestra de repudio e indignación por toda la clase política nacional (citada en Ferguson, 2014, diciembre 7).

78

Así, los hashtags navegan por el ciberespacio inmediatamente, mostrándose ante millones de usuarios de las redes sociales virtuales, en particular de Twitter y Facebook —que son las que cuentan con el mayor número de usuarios—. Incluso, aunque en el caso del #YaMeCansé se haya recurrido a *bots*¹⁴ para tumbar el hashtag de los primeros lugares de popularidad, los seguidores y simpatizantes del movimiento crearon nuevos, tales como #YaMeCansé2, #YaMeCansé3, #YaMeCansé4 y así sucesivamente. Esto permitió evadir momentáneamente a los *bots* y colocar al hashtag nuevamente en los primeros lugares, reivindicando el hartazgo social y, por ende, el cansancio, como uno de los principales problemas del país.

¹⁴ Los *bots* (robots) son programas informáticos que simulan el comportamiento de una persona, pudiendo ser diseñados para distintas acciones, entre las que destaca la apertura de cuentas de correos electrónicos o perfiles en diferentes páginas en Internet, por mencionar algunas.

CONCLUSIONES

El análisis del movimiento #YaMeCansé demuestra lo ineludible que resulta el trasfondo histórico en el cansancio generalizado, si bien también es cierto que la identidad del colectivo se fundamenta en un proceso de articulación discursiva. Al respecto, los aportes de Ernesto Laclau han resultado primordiales para esclarecer de qué modo el cansancio pudo eliminar las diferencias entre las demandas colectivas y trascender hasta ocupar el lugar del vacío, posibilitando la transformación de lo particular a lo universal. Asimismo, el postestructuralismo en general contribuye a explicar la importancia del vacío que genera la figura del desaparecido, así como su anclaje –el estudiante– y los procesos de significaciones que ocurren sobre la base de imaginarios sociales previos.

En cuanto a la manifestación social, la teoría de Melucci y aquella de redes permiten complementar los dos puntos anteriores. La primera con respecto a la adaptación del movimiento de acuerdo a los actores involucrados y el compromiso que asumen con una causa determinada. Por su parte, la teoría de redes permite entrever la multiplicidad de sentidos y significados que coadyuva a la identificación colectiva de aquellas personas que, a partir de las mismas redes en contacto, minimizan sus posicionamientos individuales para potenciar dichas identificaciones compartidas. Esto permite la existencia de ciertos subgrupos en el movimiento con sus respectivas particularidades, aunque los propósitos originales del mismo sirven como motor y le otorgan cierta unidad en su conjunto.

79

A través de los puntos anteriores se desprende la relevancia del discurso como un eje transversal en el estudio de la identidad, tanto a nivel individual como en este caso, que ha resultado colectiva, cuyo uso resulta más determinante que cualquier otro condicionante. Además, la apropiación de los significantes en los movimientos obedece tanto a los imaginarios como a las circunstancias, tal como sucedió con el “cansancio”, que no solamente respondía a la permanencia de insatisfacción popular sino que fue arrebatado del “Otro constitutivo”.

Sumado a lo anterior, debe destacarse cómo afecta el papel de la estructura virtual en la articulación y manifestación del movimiento, así, ha quedado demostrado que gran parte de ambas ocurrió gracias a estas plataformas. Sin embargo, aquí cabe concluir con un par de comentarios. En primer lugar, el lenguaje digital no ha sido utilizado igualmente por los otros actores involu-

crados: el gobierno prefiere mantenerse en los tradicionales medios de comunicación aunque ha actuado a partir de los *bots* para minimizar las organizaciones virtuales del movimiento; los grupos delictivos han escogido la puesta de mantas como su canal semiótico, y los familiares de los desaparecidos optan por expresarse principalmente en mítines populares y caravanas, sumándose a las redes sociales virtuales como un medio de difusión y de convocatoria. Por otro lado, entre las ventajas de la virtualidad se encuentra la gran difusión del movimiento y la facilidad de que diversas personas puedan sumarse a la causa, lo anterior implica, por un lado, compartir un mismo significado –cansado– al mismo tiempo que le asigna, al #YaMeCansé, significados secundarios a partir de los contextos inmediatos. Asimismo, esta dispersión de significados puede verse como una desventaja para la causa original del movimiento, puesto que la multiplicidad de focalizaciones y el tipo de participación que mantiene el involucrado, ha generado la falta de un liderazgo que abandere el movimiento, limitando la cohesión del mismo.

Si bien es cierto que el #YaMeCansé representa a todos los cansados –en tanto sociedad civil–, ha sido notoria la ausencia de un personaje representativo, lo cual posiblemente sea lo mejor para la causa que enarbola el movimiento, cuyos desaparecidos, no por estar ausentes, dejan de hacer un fuerte llamado de interpelación e identificación. Aun así, el movimiento sigue vigente a pesar de que las movilizaciones han disminuido con el tiempo y, al igual que ocurrió con la masacre de Tlatelolco y el Jueves de Corpus, los 43 desaparecidos de Ayotzinapa constituirán nuevos imaginarios sociales que paulatinamente, formarán parte de una memoria histórica para determinados grupos sociales que no permitirán que se pierdan en el olvido.

80

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CNN México. (2014, noviembre 10). “¿Por qué Murillo Karam dijo ‘ya me cansé’? Él mismo responde”. Recuperado de: <http://mexico.cnn.com/adnpolitico/2014/11/10/por-que-murillo-karam-dijo-ya-me-canse-el-mismo-responde>
- CNN México. (2014, diciembre 4). “Peña Nieto llama a ‘superar’ el dolor del caso Ayotzinapa”. Recuperado de: <http://mexico.cnn.com/nacional/2014/12/04/pena-nieto-guerrero-visita-plan-seguridad-ayotzinapa-43-normalistas>
- De Dios-Corona, S.R. (2014). Ayotzinapa es México. *Análisis Plural*, segundo semestre. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.
- Ferguson, I. (2014, diciembre 7). De Ayotzinapa al #Yamecanse2, los trendings del caso de los normalistas. *CNN México*. Recuperado de: <http://mexico.cnn.com/tecnologia/2014/12/07/de-ayotzinapa-al-yamecanse2-los-trendings-del-caso-de-los-normalistas>
- Gatti, G. (2006). Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación

- ante las catástrofes sociales. *Revista CONfinés de Relaciones Internacionales*, 2 (4), 27-38. Recuperado de: <http://confines.mty.itesm.mx/articulos4/GGatti.pdf>
- Gómez, M. (2015). Ayotzinapa: de la crisis humanitaria a la crisis de Estado. *El Cotidiano*, 189 (1), 50-59.
- Hernández Navarro, L. (2015). Ayotzinapa: el dolor y la esperanza. *El Cotidiano*, 189 (1), 7-17.
- Human Rights Watch (HRW) (2003). Justicia en peligro. La primera iniciativa seria para abordar los abusos del pasado podría fracasar. *Informes de HRW*, 15 (4). Recuperado de: www.hrw.org/legacy/spanish/informes/2003/justicia.pdf
- Human Rights Watch (HRW) (2013). *Los desaparecidos en México. El persistente costo de una crisis ignorada*. New York, NY: HRW.
- Laclau, E. (1996). ¿Por qué los significantes vacíos son tan importantes para la política? En Laclau, E. *Emancipación y diferencia*, pp.69-86. Buenos Aires, BA: Ariel.
- Laclau, E. (2011). *La razón populista*. Buenos Aires, BA: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2013). Representación y movimientos sociales. *Revista Izquierdas*, 15, 214-223. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=360133457010>
- López Merino, M. J. (2014). Indignación política: reflexiones desde el pensamiento de Hannah Arendt. *Alpha*, 38, 243-252. doi: 10.4067/S0718-22012014000100016.
- Lozares, C. (1996). La teoría de redes sociales. *Papers. Sociología*, (48), 103-126.
- Martinelli, J. M., y Ovalle Rodríguez, E. (2012). Exclusión y memoria, La revolución latinoamericana: los casos de Argentina y México. *Iztapalapa: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (72), 51-65.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México, D. F.: El Colegio de México.
- Méndez Franco, L. F. (2015). La vida en el imaginario de la resistencia popular por Ayotzinapa: la comunidad en contextos de terrorismo de Estado. *El Cotidiano*, 189 (1), 67-72.
- Meyer, L. (1996, julio 4). Un sistema sin capacidad de aprender. *Reforma*. Recuperado de: www.lorenzomeyer.com.mx/www/lo_mas_reciente.php?id=354
- Moncada Sánchez, L. (2015). Aportes para pensar la psicología que está pensando en Ayotzinapa: muerte, memoria y olvido. *Teoría y Crítica de la Psicología*, 5, 186-193. Recuperado de: <http://www.teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/12/15>
- Monsiváis, C. (1978). 1968-1978: notas sobre cultura y sociedad en México. *Cuadernos Políticos*, 17, 13-22.
- Navarro Gallegos, C. (2015). Ayotzinapa y la estirpe insumisa del normalismo rural. *El Cotidiano*, 189 (1), 95-105.
- París Albert, S. (2013). Philosophy, recognition, and indignation. *PeaceReview. A Journal of Social Science*, 25, (3), 336-342. doi:10.1080/10402659.2013.816550.
- Pérez Botero, V. (2014, diciembre 29). “#YaMeCansé, 2 millones de veces más tuiteado que #YoSoy132”. *El Universal*. Recuperado de: <http://www.redpolitica.mx/nacion/yamecansé-2-millones-de-veces-mas-tuiteado-que-yosoy132>
- Pintos, J. L. (2005). Inclusión-exclusión Los imaginarios sociales de un proceso de construcción social. *Sémata*, (16), 17-52.
- Revueltas, J. (1978). *México 68 [ie sesenta y ocho]: juventud y revolución*, vol. 15. México, D. F.: Era.
- Romanutti, M. V. (2012). Identidad y protesta social. Contribuciones al estudio de su relación. *Andamos: Revista de investigación social*, 9 (20), 259-274.
- Stavrakakis, Y. (2007). *Lacan y lo político*. Buenos Aires, BA: Prometeo.
- Villamil, J. (2015). Caso Iguala: la crisis del sexenio. *El Cotidiano*, (189), 31-36.
- Žižek, S. (2012). *En defensa de la intolerancia*. Madrid, Comunidad de Madrid: Sequitur.